

NARICES ROJAS

de

Víctor Vegas © 2007

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Obra para 1 actor y 2 mimos

Copyright © 2007

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores
Departamento de Dramáticos
c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.
Tel: (+34-91) 3499550
Fax: (+34-91) 3102120
Web: <http://www.sgae.es/>
E-mail: pgil@sgae.es
E-mail: vsvegas@gmail.com

V-0410

Octubre, 2007

Sólo en el desorden somos concebibles.

Roberto Bolaño

PERSONAJES

ACTOR Payaso /Pawel Rogozinski / Ivan Yakovlevich
MIMO 1 Big Payaso
MIMO 2 Soldado alemán / Oficial inglés

1

El escenario está dispuesto como una pista de circo.

Un Payaso aparece en el centro de la pista, encaramado sobre una silla que se sostiene, en contra de la ley de gravedad, en una sola pata. A su vez, la silla se alza sobre un taburete y se bambolea con suavidad. En su mano derecha el Payaso tiene un paraguas abierto; en la palma extendida de la izquierda, una secuencia de objetos como sigue (uno sobre otro formando una columna desquiciada e imposible): un cilindro no muy grueso en el cual reposa un plato, un par de copas de cristal, nuevamente un plato, vasos, y, por si eso no fuera suficiente, al final de la columna remata una enorme pelota de colores.

Debe dar la impresión de que el Payaso, con gran destreza, está ejecutando un difícilísimo número de equilibrista.

La imagen debe remitirnos a un cuadro irrealizable. Así durante unos segundos.

De tanto en tanto, el Payaso dirige miradas al público. Primero tímidamente, poco después con el mayor descaro; alardeando de su sentido del equilibrio, de su gran pericia.

Por momentos pareciera que todo –incluido el Payaso– se va a venir a pique, que va a rodar por los suelos.

Contemplantarlo es una verdadera zozobra.

De pronto, tras algún gesto inesperado pero premeditado del Payaso, nos damos cuenta de que todo es un burdo truco: la silla está bien sujeta al taburete, que a su vez está bien fijado al piso y los objetos que se mantenían en perfecto equilibrio sobre su mano izquierda, no son más que un artefacto de utilería, liviano y seguro, que no representa ningún esfuerzo hacerlo danzar en la palma de la mano. Incluso un niño podría haberlo hecho mejor. Incluso puede que el paraguas y el artefacto cuelguen de la tramoya gracias a hilos invisibles, lo cual demandaría aún menos esfuerzo del falso equilibrista.

Una vez abajo, con el mayor descaro, haciendo alarde de su oficio, el Payaso se desplaza sobre el escenario haciendo reverencias y exigiendo el aplauso del público por el difícilísimo número que acaba de ejecutar.

Todo sin palabras.

2

Otra vez el mismo Payaso.

Esta vez sentado sobre el taburete en el centro de la pista, con la nariz roja en una mano y la peluca verde en la otra.

Reflexiona.

Hacer reír... ése es mi oficio.

Sí. ¡Claro! Porque soy un payaso.

¿Y qué tal si en este preciso momento decidiera dejar mis payasadas a un lado y contar alguna anécdota de mi vida? Algo serio, por ejemplo. O triste. ¿Les interesaría? ¿Continuarían allí sentados observándome, prestando atención a lo que hago o digo? ¿Puede acaso interesarle la vida de un payaso a uno de sus espectadores?

Quizá muchos de ustedes deban estar pensando: "¿porque mejor no te callas, payaso, y continúas con tu actuación?". O bien: "no te pongas pesado, payaso, que hay niños en la sala". O bien: "por qué mejor no continúas con tus payasadas, ¿eh?; que es eso, y no otra cosa, lo que nos ha reunido esta noche aquí"...

(Se levanta y va hacia proscenio.)

Pero les confieso algo: hoy yo he salido a escena con el firme propósito de hablar sobre nuestro oficio, sobre nosotros los payasos.

Y aunque ahora mismo el director de este teatro, donde quiera que se encuentre sentado, haya empezado a tirarse de los pelos, aunque ahora mismo esté al borde de un síncope o mentándome la madre para sus adentros, como disco rayado, nadie va a hacerme callar.

(Pausa.)

Es verdad que no tengo dotes de gran orador ni soy muy diestro con las palabras. Ya se los he dicho: mi oficio es hacer reír... Sin embargo, lo repito también, hoy siento la impostergable necesidad de hablar sobre nosotros.

Y tal vez para hablar sobre nosotros sólo baste con hablar sobre uno de nosotros... Eso sí, se trata del más grande, original, inigualable, ¡el único!: EL SEÑOR DE LOS PAYASOS...

(Pausa. Luego muy serio.)

Permítanme aclararles que primero fue El Señor de los Payasos que *(Despectivo.)* el otro señor... Sí, ése, el de los anillos... Lamentablemente para nosotros la historia de El Señor de los Payasos ha tenido menos difusión, menos publicidad. Consecuencias naturales de nuestros limitados recursos y de las conveniencias de ciertos medios de comunicación... ya saben. Es por eso que algunos preferimos

llamarlo, en lugar de El Señor de los Payasos —como se le conoce—, simplemente Big Payaso, para evitar confusiones y, por supuesto, una que otra risita malintencionada... Además, porque también es más fácil, más práctico y... más corto...

En fin.

Aclarado el punto, continúo con mi historia.

Se trata de una historia singular, sin igual, como seguramente no han escuchado ninguna antes. De una persona sin igual y singular, desde luego, como nunca antes, de seguro, habrán conocido.

Un hombre adelantadísimo para su época.

Se trata de la EXTRAORDINARIA historia de (*Fanfarria; breve pausa.*) ¡Big Payaso!

(*Con tono de biógrafo.*)

Big Payaso nació en Augustow, un pueblito al noreste de Polonia, cerca de la frontera con Lituania. Creció en el seno de una familia conservadora, con sólida tradición en el oficio de hacer reír. Sus padres, sus abuelos, sus tatarabuelos y así sucesivamente, hasta donde se tiene noticia, se ganaron el pan trabajando como payasos. "Con el sudor de su ingenio para hacer reír a los demás", como dicen que le gustaba decir.

(*Pausa.*)

Big Payaso no fue un niño común, ¿saben?

Al menos no de la manera en que su familia estaba acostumbrada a ver y tratar a los niños. Fue el tercero de cinco hermanos. Tres hembras y dos varones. Era callado, introvertido, quizá hasta pudiera decirse que algo tristón, razón por la cual era raro en ocasiones verlo reír. Incluso hay quienes sostienen que en esa época no reía en lo absoluto. Otros que no río nunca. Bueno, bueno... como en toda historia real, verdadera, hay sus opiniones encontradas...

(*Pausa.*)

A los doce años, como imponía la tradición familiar, Big Payaso comenzó a ser introducido por su padre en los secretos del oficio. (*Voz de papá, flemático.*) "Hijo, lo primero que quiero que aprendas, y lo internalices en lo más profundo de tu ser, es que hacer reír a los demás es un asunto muy pero muy serio".

(*Voz normal.*)

Con esta frase su padre quiso decir que se requería de mucha, muchísima disciplina e imaginación para hacer reír a los demás. Y más aún para ser payaso. Claro.

Pero ocurrió que el niño mostraba muy poco interés durante las clases para sorpresa de su padre. Por supuesto que hacía todo cuanto le indicaban, pero lo hacía sin convicción, sin compromiso, sin ninguna pasión. Como era de suponer, aquella actitud empezó a incomodar y a preocupar a

su padre. Tanto, que una tarde se lo comentó a su esposa. (*Voz de papá, flemático.*) "No veo nada bien a este muchacho, querida". (*Voz de mamá, tomándole el pelo.*) "Te he dicho repetidas veces, querido, que ya va siendo hora de que visites al oculista, de que te resignes y empieces a usar anteojos...". (*Voz de papá, algo molesto.*) "¡Mujer, que te estoy hablando en serio, vale...!". (*Voz de mamá, conciliadora.*) "Querido: nuestro hijo es apenas un niño, tienes que tener más paciencia con él. Dale tiempo...".

Sin embargo, tres años después, el asunto se agravó.

Un jueves, durante la cena, en un arrebatado de rebeldía, Big Payaso se armó de valor y decidió enfrentar a sus padres, confesarles la verdad... (*Voz de Big Payaso adolescente.*) "Papá, mamá, quiero que sepan que no tengo ninguna intención de continuar con la tradición de la familia. Lo siento. Me niego a ser payaso". (*Voz normal.*) Hubo un silencio asfixiante. Ante aquella revelación, estupefactos, sus padres no consiguieron articular palabras; sólo alcanzaban a mirar a su hijo con ojos desorbitados. Big Payaso aprovechó el silencio de sus padres y continuó: "Durante todo este tiempo lo he soportado sin rechistar, pero no aguanto más. De verdad. Me avergüenza ser parte de una familia de payasos. Y más aún me avergüenza tener un padre payaso. No puedo evitar odiarlo a él y a todos los que se ríen de sus payasadas. Cuando lo veo con la cara pintada, su nariz roja, su peluca, su sombrero y ese ridículo traje, sólo deseo no haber nacido, que él nunca hubiera sido mi padre". A estas alturas, las lágrimas no cesaban de rodar por las mejillas de Big Payaso. Su padre, con el rostro que bien pudo lucir años más tarde, cuando ya era un simple cadáver, abatido, se levantó de la mesa y sin decir esta boca es mía abandonó la sala-comedor. Cuando el padre se había marchado, entonces, fue la madre la que habló... (*Voz de mamá, dolida pero firme.*) "Ese hombre que acaba de marcharse, seguramente destrozado por lo que acabas de decir, no ha hecho más que velar por ti y tus hermanos desde que nacieron. Ve sólo a través de sus ojos... Y para que lo sepas, y no lo olvides nunca, él no se hizo payaso por una tonta tradición familiar, sino porque hacer reír a los demás es lo que da sentido a su vida, lo que hace que cada mañana se levante entusiasmado, porque, como sus antepasados, es algo que lleva muy adentro, que corre por sus venas... (*Breve pausa.*) Y si ahora tú no puedes verlo ni entenderlo, te prometo que tarde o temprano lo entenderás, puesto que tarde o temprano también tú acabarás siendo un payaso... Está en tu sangre y es tu destino, hijo. Sólo tienes que buscarle sentido. No lo olvides". (*Voz normal.*) Dicho esto, la madre se levantó de la mesa y salió de la sala seguramente a consolar a su marido, dejando a Big Payaso

acompañado de su pena, sus lágrimas, su indignación y su hermano y hermanas que lo miraban, boquiabiertos, en silencio, sin atinar a decir nada.

A la madrugada siguiente, con una mochila terciada a la espalda, en la que apenas llevaba cuatro cosas, Big Payaso escapó de su casa.

Ni siquiera se molestó en escribir una nota para sus padres o hermanos.

De hecho, aquella noche fue la última vez que supo de ellos.

La última vez que vio a su familia.

3

En el centro del escenario un banco de parque, un poste del alumbrado público y un cesto de basura. El banco es de los tradicionales, de hierro y madera. El cesto de basura de rejilla o malla metálica.

Atado a uno de los tramos de madera del banco se eleva, a unos cien centímetros sobre su cordel, un globo blanco.

Entra Big Payaso vestido de vagabundo. Muy a lo Charlot de Chaplin.

Parece aburrido. Se mueve con su inconfundible caminar hasta el cesto de basura y se inclina sobre él. Comienza a hurgar en la basura. Va sacando cosas que enseguida vuelve a dejar caer dentro del cesto: una concha de plátano; un viejo zapato; una pistola automática; una botella vacía; unas pantaletas o calzoncillos; una submetralladora; una nariz roja de payaso que se calza con entusiasmo, hace gestos, divertido, pero que luego devuelve al cesto de basura con desdén. Por fin saca un periódico y empieza a hojearlo recostado sobre el cesto o el poste del alumbrado.

Hasta ahora todas sus acciones han sido de espaldas a la banqueta y al globo. En el momento en que devuelve aburrido el periódico al cesto de basura, cae en cuenta de la presencia del globo. Rápido va hacia él con la cara iluminada, mira a su alrededor. Apostado detrás del banco, empieza a jugar con el globo bamboleándolo de un lado a otro entre sus manos.

De pronto parece ocurrírsele algo. El rostro se le vuelve a iluminar. Mira alternativamente al globo y al público, de pronto, se mueve hasta quedar frente al globo y al banco, dándole la espalda al público. Hace algo que el público no consigue ver. Él, de tanto en tanto, vuelve la cabeza al público y le dirige una mirada o una sonrisa pícaro, cómplice.

Cuando el globo queda de nuevo al descubierto, el público ahora ve, pintada en el globo, la cara de una mujer.

Big Payaso va y saca otra vez el periódico del cesto de basura. Con elegancia camina, hojeando el periódico, de un lateral al otro. Justo cuando pasa frente al banco, frente al globo, se detiene de improviso. Se vuelve velozmente hacia el globo, que ya no es un corriente, común y ordinario globo blanco sino una bonita chica que está sentada en el banco de un parque.

El flechazo es instantáneo.

No con poco disimulo regresa hacia el banco, rodeándolo por detrás. Mira al diario y a la linda chica alternativamente. Todo con gran discreción. Por fin se sienta en el banco, al lado de la chica-globo.

Progresivamente irá acercándose a la chica-globo con disimulo, cuidando las apariencias. Cuando está cerca se detiene en seco. Hace gestos indecisos. No se resuelve a comenzar con su flirteo.

En realidad no sabe cómo empezarlo.

Así se le van unos segundos valiosísimos.

De pronto, deja el periódico a un lado, se llena de valor y toma una mano de la chica-globo y le suelta una declaración de profundo amor apasionado. Si se pudieran proyectar los títulos en el telón de fondo, a la manera del cine mudo, se leería el siguiente diálogo:

Big Payaso: *Señorita, no me lo va a creer... Pasaba por acá y apenas fue verla me he quedado prendado de usted.*

Chica-globo: *Señor, ¿qué hace?, ¿qué dice?*

Big Payaso: *Juro que no sabría cómo vivir ahora sin tenerla a mi lado.*

Chica-globo: *¿Está loco?*

Big Payaso: *Si estar enamorado es estar loco: ¡sí, estoy loco!*

En un arrebatado de pasión, Big Payaso toma a la chica-globo entre sus brazos y la obliga a reclinarse sobre sus piernas.

Se miran largamente a la cara sin decirse nada.

La pasión los consume.

En otro arrebatado, Big Payaso se inclina y la besa.

El globo estalla.

Big Payaso se incorpora sorprendido, asustado. Mira hacia el público con una expresión entre aturdida, extasiada, adolorida y triste.

En ella puede leerse claramente: "¿qué maravilloso es sentirse enamorado! ¡Aunque duela!".

4

Entra Pawel Rogozinski.

El 1 de septiembre de 1939 las tropas de Hitler invadieron Polonia.

Hacía escasamente un mes que Big Payaso había salido del país. Pero no salió de Polonia huyéndole a los alemanes. No. Salió de Polonia huyéndole a su propio destino.

(Pausa.)

Nadie se imaginaba que Hitler invadiría Polonia pese a que los nazis ya habían mostrado sus dientes al ocupar Austria y Checoslovaquia. Menos alguien como Big Payaso. O alguien como la familia de Big Payaso. O alguien como los vecinos de la familia de Big Payaso... En fin, nadie cuya nacionalidad fuera polaca, ¿si me entienden?

Quizá porque confiábamos demasiado en nuestros amigos occidentales. Sobre todo en Francia e Inglaterra...

Ah, los polacos... Gente noble, soñadora, afable... ¡Común y silvestre!

Es cierto que en el país había una fuerte tensión por las pretensiones alemanas sobre Dantzig, pero de allí a imaginarnos que las tropas de ese país se meterían en Polonia como Pedro por su casa, pues había un trecho demasiado grande...

Bueno, bueno... Creo que estoy desviándome del tema. Esto que les acabo de contar corresponde a historia universal y yo no he venido aquí a dar clases de historia universal.

Estoy aquí para hablar de Big Payaso.

(Pausa. Reflexiona.)

Mi nombre es Pawel Rogozinski y también soy polaco.

Conocí a Big Payaso en la primavera de 1940.

Por entonces yo vivía en Londres y era un próspero empresario teatral. Bueno, bueno... Tal vez estoy exagerando un poco... Eso aquí es válido, ¿no?

Decía que tenía un "grupete" de comediantes con el que me presentaba en los teatros y establecimientos más peregrinos de la ciudad. Fue a la salida de una de nuestras presentaciones que lo conocí. Aunque quizá deba aclarar que en aquellos días el grupete se había reducido tanto que sólo quedaba yo. ¡Ja! Un grupo de un solo elemento... Eso en matemáticas es válido, ¿no? Y si es válido en matemáticas pues es válido en la vida real... *(Pausa.)* El asunto es que me acababan de echar por la puerta trasera del teatro porque mi espectáculo no había gustado al público asistente.

(Escupe a un lado con indignación.)

¡Miserables ignorantes que no sabían apreciar el buen arte cuando estallaba frente a sus narices!

Recién me incorporaba, limpiándome la porquería que se me había pegado a la ropa, cuando vi salir de entre las sombras del callejón a un muchacho de unos doce o trece años. "¿Es usted polaco?", dijo. Yo lo miré de arriba a bajo, asombrado, y dije: "¡¿Como no voy a ser polaco, muchacho, después de todas las palabrotas que acabo de soltar en el perfecto y maravilloso idioma de los polacos?!".

Noté que mi respuesta lo había intimidado y traté de cambiar mi actitud. "Tú por lo visto también eres polaco, ¿no es verdad? Pero si estaba entre tus planes robarme, te advierto que no cargo ni un penique partido por la mitad en los bolsillos".

"No, señor. No soy ladrón, soy actor", dijo.

¡Actor! ¡Santo Cristo! ¡¿Qué clase de actor podría esperar que alguien lo descubriera a la salida trasera de un antro como aquél?!

Con no poco esfuerzo contuve la risa y dije, requetecconcentrado: "Mmmhhh... Actor, ¿eh? Interesante...". Hice la debida pausa y, luego, de la manera más histriónica posible, como correspondía al caso, dije: "Pues hoy estás de suerte, muchacho. ¡Puedes considerar ésta la gran noche de tu vida! Porque acabas de toparte con uno de los empresarios teatrales más importantes y exitosos de Londres".

Imagínense lo desesperado que estaba yo, que pensé de inmediato en convertir en comediante a aquel muchacho. ¡Santo Cristo! En lugar de un adolescente parecía la premonición de algún sobreviviente de Auschwitz. ¡Lo juro! De lo flaco que estaba supuse que no se mojaría si se ponía a caminar bajo la fría lluvia de Londres.

(Pausa.)

Según me reveló más tarde, su sueño era convertirse en actor dramático. Yo dije para mis adentros, "claro, hijo, porque no más verte ya es todo un drama...".

Tras una pausa le dije que gracias a mis años de experiencia en la arena teatral, había llegado a la conclusión que la actuación dramática ocupaba el más alto nivel, un sitial preferencial y único en la escala de desarrollo de cualquier actor... Que si no quería fracasar en el intento, en el trayecto que lo separaba de allí a su sueño, tenía que hacer las cosas poco a poco, paso a paso, paulatinamente como quien dice... En fin, que lo más apropiado sería que empezara a trabajar como comediante.

Al parecer mis argumentaciones no le gustaron nada, puesto que no había terminado yo de hablar, cuando ya tenía el ceño fruncido. Después de otra pausa le dije que la paciencia era la gran aliada de todo artista. Que allí tenía

al genial Chaplín, que luego de trabajar en innumerables comedias fue que al fin se aventuró a interpretar sus primeros trabajos dramáticos, sin olvidarse nunca de la comedia, por supuesto, que era lo que le había dado de comer y lo había catapultado a la fama.

El muchacho me miró con unos enormes ojos de lechuza y dijo: "¿Quién es Chaplin?".

¡Yo no lo podía creer!

Del asombro la mandíbula me cayó hasta las rodillas.

¿Podía haber alguien tan ignorante del mundo que no supiera quién era Charlie Chaplin?

Pues sí.

Lo había y yo lo tenía en frente.

Estaba conversando con él.

5

Big Payaso en el frente de batalla.

Está sentado de cara al público, abrazado a su fusil, recostado sobre una columna de sacos de arena.

No cabe duda de que está en una trinchera.

La expresión de su rostro combate entre el asombro, la desesperación y el miedo. Pareciera preguntarse "¿y qué carajo hago yo aquí?".

Una voz ininteligible ordena algo y Big Payaso, con el terror pintado en la cara, se levanta a medias, con mucha precaución, y, a penas ha asomado la cabeza sobre la columna de sacos, apunta su fusil a varios objetivos en el fondo del escenario, pero sin hacer un solo disparo.

Pausa.

De pronto se escucha nuevamente órdenes de la voz ininteligible y Big Payaso, con la misma precaución que tuvo al incorporarse, vuelve a adoptar la posición que tenía al comienzo de la escena.

Pausa.

De pronto, son sus tripas las que escuchamos y las que le piden que les den algo de comer.

Con parsimonia, Big Payaso hurga en las cartucheras de su cinturón. De un lado saca una rebanada de pan. Del otro una bolsita de ketchup o mermelada. Es todo lo que tiene para comer.

Reflexiona.

Nada qué hacer.

Con la misma parcimonia intenta untar la mermelada o ketchup sobre la rebanada de pan, sin embargo, el fusil le estorba. Va a dejarlo a un lado cuando la voz ininteligible vuelve a escucharse; esta vez más enérgica que antes. Asustado, Big Payaso desiste de su intención, abraza de nuevo el fusil y se las apaña para prepararse el bocadillo.

Está a punto de darle el primer mordisco a su bocadillo cuando suena una sirena. Aterrado hace saltar el bocadillo por los aires y se incorpora a medias con el fusil entre las manos. La voz ininteligible grita órdenes a diestra y siniestra. Big Payaso, casi a gatas, muy rápido, va de un lado a otro de la trinchera. De tanto en tanto apunta su fusil sobre los sacos, hacia el fondo del escenario, hacia el cielo. La sirena y los gritos de la voz ininteligible se hacen casi insoportables. Y como si eso no fuera suficiente, se escucha el rugido de aviones bombarderos. Poco después es el sonido de las bombas que caen y estallan. También se dejan oír sonidos de gritos y disparos. Gritos de dolor, gritos de angustia, gritos de desesperanza.

Todo es un verdadero pandemonium.

Lleno de impotencia, de miedo, aterrado, Big Payaso se acurruca contra su fusil en el mismo lugar en que estaba al iniciarse la escena.

Tiembla.

Llora.

De repente la voz ininteligible vuelve a retumbar por los altoparlantes y pareciera gritarle al oído de Big Payaso: "¡inepto, cobarde! ¡No olvides que eres un soldado!".

Big Payaso se incorpora como empujado por resortes. Con la cara al cielo, grita con todo el aire que ha conseguido guardar en sus pulmones mientras empuña su fusil con rabia.

De un salto supera la columna de sacos y va corriendo hacia el fondo. Como un loco dispara, dispara, dispara...

Dispara hasta descargar su fusil.

6

Otra vez Pawel Rogozinski.

En el verano de 1940 se inició la batalla de Inglaterra.

La Royal Air Force y la Luftwaffe, las fuerzas aéreas de Gran Bretaña y Alemania, respectivamente, entablaron una de las mayores batallas aéreas que se haya conocido en la guerra.

A esas alturas los nazis eran dueños de casi toda Europa. Gracias a su Blitzkrieg, o Guerra Relámpago, Polonia primero, y luego Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia habían sido ocupadas por el ejercito alemán. Antes, Austria y Checoslovaquia se habían rendido sin siquiera pelear.

Pero en el verano de 1940 los alemanes toparon con los ingleses.

Por entonces Big Payaso y yo ya teníamos montados unos cuantos númeroitos y nos presentábamos en algunos establecimientos de la ciudad. O en plazas. O en la calle. Cualquier sitio público era bueno. Como todavía él no hablaba bien el inglés, decidí que la pantomima sería lo más conveniente para nuestro espectáculo. Así que en cuanto pude lo llevé a ver varias de las películas de Chaplin, para que aprendiera del mejor.

Al muchacho le encantó el Charlot y empezó a imitarlo aún cuando no había acabado la proyección. Mentiría si ahora digo que no me sorprendió, que no me asombró la forma en que lo hizo. Y ahí mismo me di cuenta de que tenía un talento innato, natural, para la pantomima... "¿Dónde aprendiste a hacer eso?", le pregunté. "Aquí... ahora mismo", dijo él mientras me miraba fijamente con sus ojos de lechuza. No le creí ni jota pero tampoco quise insistir porque sabía que al muchacho no le gustaba hablar sobre su pasado. Bueno, en realidad no le gustaba hablar de nada. Lo suyo era sólo escuchar y observar. Al instante me di cuenta de que frente a mí tenía un diamante en bruto y solamente a un tonto no se le hubiera ocurrido sacarle brillo, que es lo mismo a decir sacarle provecho.

(Pausa.)

A pesar de la dura situación que nos imponía la guerra, siempre quedaba espacio para la distracción, para el esparcimiento, para el escape... La vida tenía que continuar para aquellos que no estábamos luchando en el frente.

Y Big Payaso y yo encontramos muchos espacios para entretener a la gente, para hacerla reír, para ayudarla a evadir —aunque fuera por un rato— la jodida realidad. Aunque

en ese verano de 1940 había que andarse con cuidado o corrías el riesgo de ser aplastado por una bomba nazi.

(Pausa.)

Lo que conseguíamos reunir en nuestras presentaciones nos alcanzaba apenas para sobrevivir. Hasta que los cambios en el frente también comenzaron a representar cambios significativos para nosotros...

A partir de 1943 las cosas empezaron a torcerse para los alemanes. ¡Gracias a Dios! Durante la guerra, Hitler había cometido graves errores, entre ellos, violar el pacto de no agresión que había firmado con los rusos antes de la ocupación de Polonia. Su arrogancia hizo que subestimara al Ejército Rojo y abriera un nuevo frente al invadir la URSS en el verano de 1941.

Al final, esos errores le pasarían factura. Acabaron hundiéndolo.

Cuando los aliados empezaron a liberar los territorios ocupados por los nazis, ya Big Payaso y yo contábamos con cierta reputación en los circuitos *underground* de la ciudad. De modo que no tardó en llegar una convocatoria del ejército inglés para que nos presentáramos en el frente...

Como comediantes, desde luego, no como soldados.

Nuestros muchachos que acumulaban éxitos en el frente de batalla también necesitaban un poco de distracción, liberar el stress, levantar los ánimos para que continuaran las victorias... El ejército nos garantizaba seguridad, comida, cama y una modesta paga... ¡Qué más podíamos pedir!

Sin pensármelo dos veces dije que sí.

¡Ah, qué tiempos aquellos!

Nunca antes habíamos tenido un público tan numeroso y tan querido. De veras. Para mí fueron los mejores días de aquellos años. Yo me sentía eufórico, satisfecho, pero de tanto en tanto me preocupaba la actitud ensimismada de Big Payaso. "¿Qué pasa contigo, eh?", le decía, "Deberías estar brincando en una pata por todo lo que estamos pasando, por todo lo que hemos logrado; si hasta has aumentado de peso, hijo, al menos veinte kilos...". Pero él me miraba con sus ojos de lechuga y no me decía nada. Otro día le imploré de rodillas que me dijera qué le sucedía, por qué siempre estaba tan triste. Creo que mi reacción debió removerle algo por dentro porque esa vez sí me respondió; me dijo: "Dios me ha dado un talento, Pawel, pero aún no le encuentro sentido. Sé que debería estar satisfecho por las risas y los aplausos que provocho en el público, pero eso no despierta nada en mí. Después de cada actuación sólo me queda un gran vacío".

Un gran vacío... Un gran vacío... Ésa fue la expresión que utilizó. Y yo sólo quería dejarme llevar por mi rabia y decirle, "¿Vacío? ¿Vacío? ¿De qué vacío me hablas, hijo? ¿Acaso no te has visto en un espejo? Mira que ahora estás

bien rellenito, ¿eh?; tendría que haberte tomado una fotografía cuando te me acercaste aquella noche en el callejón: ahí sí que estabas vacío, hijo. No ahora”.

¡Santo Cristo!

Pero no dije nada y preferí quedarme callado.

(Pausa.)

Hitler se suicidó el 30 de abril de 1945, ante la inminente ocupación de Berlín por el Ejército Rojo.

Días después Alemania firmaba la rendición incondicional.

Fue por aquella época que mis contactos en las tropas aliadas me pidieron preparar una función para niños. Nos presentaríamos en la sección infantil de un hospital a las afueras del Berlín que luego se conocería como el Berlín Occidental.

No niego que me entró un friíto en el estómago cuando dije que sí, que contaran con nosotros. Sin embargo mi ambición y mi curiosidad eran mayores que mi miedo.

No le di detalles sobre nuestra presentación a Big Payaso. Sólo le dije que en lugar de adultos nuestro público sería exclusivamente infantil. Nunca antes nos habíamos presentado ante un público exclusivamente infantil, si les soy sincero, aunque por entonces pensé que no sería algo difícil, que no tendríamos problemas. Pero los hubo. ¡Santo Cristo! Cuando entramos a la sala donde nos estaban esperando los niños, Big Payaso y yo nos quedamos de piedra... Aquellos no parecían niños sino cadáveres, cadáveres en miniatura de personas que habían muerto años atrás y que nadie había tenido la delicadeza de informárselos; que continuaban en pie sólo por algún raro conjuro budú... Y si aquel horror no fuera suficiente, habían otros niños-monstruos mirándonos desde sus camas, a quienes le faltaban un brazo, las dos piernas; niños terriblemente quemados, desfigurados... De pronto sentí que Big Payaso se daba media vuelta y echaba a correr... Yo no tuve más remedio que ir tras de él.

Lo alcancé en el pasillo y le pedí que regresara. “Ni muerto vuelvo a entrar en esa habitación”, dijo. “¿Estás loco? ¿Cómo se te ha ocurrido traerme hasta aquí? ¿Cómo se te ocurrió que podíamos hacer reír a esos niños?”. Al instante no dije nada. Porque de verdad no tenía respuesta para sus preguntas. Nadie me había advertido sobre lo que encontraríamos en aquella habitación... ¿Y acaso tenían que advertírmelo? ¿No estábamos recién saliendo de una guerra? ¿No habíamos escuchado hasta el hartazgo que había sido la guerra más brutal jamás librada? De repente, como un relámpago, recordé lo que él mismo me había dicho, meses atrás, sobre su vacío después de cada función, sobre su necesidad de encontrar un significado para nuestro oficio.

Sorpresivamente me escuché diciéndole este discurso: "¿Acaso no querías encontrar un significado que justifique tu oficio de comediante? Pues allí lo tienes, en esa habitación de la que acabas de salir huyendo. Ahí quizá haya niños que no conocen otra cosa que el horror de la guerra, niños que jamás han reído y tú tienes la oportunidad de mostrarle una parte más amable de este mundo. Ahora mismo no hay nadie más necesitado de una sonrisa que ellos, muchacho. Y tú tienes un gran talento para provocar la risa en los demás. Te ordeno que regreses a esa habitación y cumplas con tu trabajo". La verdad es que no guardaba ninguna esperanza de que mis palabras surtieran algún efecto sobre él. Todo aquel palabrerío no era más que un recurso final para salvar nuestra función. No obstante, otra vez Big Payaso me sorprendió con su reacción. Sin decir palabra, miró en dirección de la habitación y comenzó a caminar hacia ella...

(Pausa.)

No sólo hizo la función como todo un profesional, sino que fue la mejor actuación que le había visto desde que empezamos a trabajar juntos.

Al final, exceptuando los que se encontraban postrados en sus camas, no hubo niño-monstruo que no se acercara para abrazarse a las piernas y el torso de mi compañero.

7

En algún lugar del frente de batalla.

Entra un soldado del ejército alemán arrastrando por una cuerda a Big Payaso. Big Payaso está atado de manos, se nota muy cansado, débil, apenas puede mantenerse en pie.

De tanto en tanto Big Payaso se queda estático y el soldado alemán tira de la cuerda y casi lo hace caer.

En algún momento, el soldado alemán decide detenerse para comer y descansar. Le hace gestos explicándoselo a Big Payaso, pero Big Payaso está tan cansado que no entiende nada. En cambio cree que el soldado alemán le está diciendo que se vaya, que es libre. Entonces Big Payaso le agradece y trata de irse. El soldado alemán reacciona, saca su arma y apunta a Big Payaso. Le grita algo como "¡alto!", en alemán, por supuesto. Big Payaso se detiene en seco, se vuelve y al ver que el soldado alemán lo apunta con su arma se echa de rodillas y le suplica que no lo mate. El soldado alemán le indica que se acerque y Big Payaso va hacia él a gatas.

El soldado alemán le dice con gestos a Big Payaso que se siente y se quedé tranquilito, o de lo contrario lo mata allí mismo.

Esta vez Big Payaso sí lo entiende a la primera y obedece sin chistar.

El soldado alemán se sienta a una distancia prudente de Big Payaso. De uno de los compartimientos de su cinturón extrae un pedazo de sándwich y comienza a comerlo. Big Payaso se vuelve a mirarlo al sentir el olor del sándwich. Dentro de su debilidad todo lo que desea es pegarle una mordidita a aquel sándwich. El soldado alemán se percata de la expresión en el rostro de Big Payaso y, tras una sonrisa maliciosa, le ofrece su sándwich.

Los ojos de Big Payaso brillan como soles.

Entonces el soldado alemán pica un trozo del sándwich y se lo ofrece a Big Payaso como si se tratara de un perro; luego se lo lanza. Big Payaso luce molesto, ofendido, humillado, tampoco su hambre es para tanto, y deja que el trozo de sándwich caiga al suelo.

El soldado alemán al principio ríe, pero al percatarse de la nueva expresión en el rostro de Big Payaso, se pone muy serio, saca su pistola y vuelve a apuntar a Big Payaso. Después le ordena con gestos que recoja el trozo de sándwich. Big Payaso obedece de inmediato, tampoco su orgullo es para tanto. Y para congraciarse con su captor, lo hace como si en verdad fuera un perro. Una vez que ha acabado con el trozo de sándwich le sonrío con la cola al soldado alemán, que ríe complacido a carcajadas.

Animado por la recién actitud de su prisionero, el soldado alemán enfunda su pistola, vuelve a picar otro trozo de su sándwich y se lo lanza a Big Payaso, como antes. Sin embargo, esta vez, Big Payaso lo coge en el aire como un buen perro amaestrado. El soldado alemán ríe, aplaude y continúa con el jueguito hasta que el sándwich se ha terminado.

De repente el soldado alemán cae en cuenta de que no es él el que ha estado jugando con Big Payaso sino Big Payaso el que ha estado burlándose de él. Se levanta enfurecido, vuelve a sacar su arma y apunta a Big Payaso.

Big Payaso se arrastra hasta él y como un buen perro que quiere reconquistar a su amo le lame las botas.

El soldado alemán se siente nuevamente complacido y enfunda el arma. Luego, de una patada, se deshace del "zalamero perro inglés" y, aprovechando su aturdimiento, le amarra los pies con el pedazo de cuerda que cuelga de las manos de Big Payaso. Al terminar, con desprecio, escupe a Big Payaso, se mueve a un extremo y se acuesta a dormir.

Desde el suelo, ahora doblemente maniatado, inmóvil, aturdido, Big Payaso mira hacia el público y pareciera decirle, con esa expresión de su rostro: "¿Y ahora qué?".

8

Entra Payaso, con una bata de médico sobre su traje de payaso y unos estetoscopios al cuello.

Ahora voy a hablarles sobre las propiedades curativas de la risa.

Reírse es natural.

Un bebé a las treinta y seis horas de nacido puede ofrecer una sonrisa a sus padres. ¿Sabían que los niños están mucho más dispuestos a reírse que los adultos? Un pequeño se ríe un promedio de trescientas veces al día mientras que un adulto lo hace sólo entre quince y cien.

Los especialistas descubrieron que la risa es un buen medicamento que renueva la energía del enfermo y lo estimula a enfrentar su padecimiento.

(Pausa.)

A Norman Cousins, influyente ejecutivo de la ciudad de Nueva York, editor de *Saturday Review* e incansable defensor de la paz y del desarme mundial, a mediados de la década de los sesenta, le fue diagnosticada una especie de artritis espinal sumamente dolorosa que acabó dejándolo postrado en una cama.

Tenía cincuenta y tres años.

(Pausa.)

Por entonces, los médicos no conocían cura para su mal y no le daban esperanzas. A raíz de esto Cousins cayó en un terrible estado depresivo. Pero mientras más se deprimía, peor se sentía, su dolor se hacía cada vez más intenso... Los doctores le dijeron que un poquito de alegría le vendría bien. Así que Cousins pidió varias películas cómicas, de Chaplin, de El gordo y el flaco y de los hermanos Marx.

Apenas comenzó a ver estas películas, y a reírse a carcajadas, empezó a sentirse mejor. Entonces descubrió que por diez minutos de risa a mandíbula batiente lograba eliminar el dolor por dos horas... Y mientras más se reía mejor se sentía. Gracias a sus sesiones diarias de risa pudo conciliar otra vez el sueño. Combinando sus terapias de risa con dosis de vitamina C y siguiendo las indicaciones de los médicos, logró recuperarse y curarse totalmente de la enfermedad. Años más tarde escribió el libro *Anatomy of an Illness*, o lo que es lo mismo, *Anatomía de una enfermedad*, que se convirtió en best-seller y por el que estuvo nominado al prestigioso American Book Award en 1982.

(Pausa.)

Cuando reímos, el cerebro hace que nuestro cuerpo segregue endorfinas, una suerte de drogas naturales que circulan por el organismo y que resultan cientos de veces

más fuertes que la heroína y la morfina, pero gratuitas y sin efectos secundarios. Las endorfinas, específicamente las encefalinas, tienen la capacidad de aliviar el dolor. Por ejemplo, si al cabo de unos segundos desaparece el dolor producto de un golpe, es porque el cuerpo reaccionó sintetizando las endorfinas necesarias para atenuarlo. Por otro lado, las endorfinas envían mensajes desde el cerebro hasta los linfocitos y otras células para combatir los virus y las bacterias. Las endorfinas desempeñan además otras funciones entre las que destaca un papel esencial en el equilibrio entre el tono vital y la depresión. De ellas depende algo tan sencillo como estar bien o estar mal. Ese estado eufórico, alucinante, luego de una buena y prolongada sesión de sexo, por ejemplo, se lo debemos justo a las endorfinas.

Reír cura trastornos como la depresión, la angustia, la falta de autoestima y los problemas de pareja o con otras personas. Cuando reímos se mueve el diafragma; los pulmones mueven doce litros de aire en vez de los seis habituales, lo que mejora la respiración. Asimismo, se fortalece el corazón, se facilita la digestión al hacer vibrar el hígado, se evita el estreñimiento, mejora la eliminación de la bilis y se estimula el bazo, baja la hipertensión aumentando el riego sanguíneo ya que se relajan los músculos lisos de las arterias con lo que se reduce la presión arterial y se tonifican los músculos de la cara; de manera que reírnos a carcajada también nos hace lucir más jóvenes. Además, las carcajadas generan una sana fatiga que elimina el insomnio.

El siquiatra William Fry, quien ha estudiado los efectos de la risa por más de veinticinco años, asegura que tres minutos de risa intensa equivalen en salud a cerca de diez minutos de remar energicamente. Asimismo, se dice que un minuto de risa diario equivale a cuarenta y cinco minutos de relajación. Y según creencias hindúes, una hora de risa tiene efectos más beneficiosos para el cuerpo que cuatro horas de yoga.

Ahora, díganme: ¿necesitan otras justificaciones para intentar reírse más a diario?

9

En algún lugar del frente de batalla.

Big Payaso está tendido en el mismo sitio donde quedó en 7. Continúa atado de manos y pies mientras el soldado alemán duerme la siesta.

De pronto, con mucha precaución, para no despertar a su enemigo, Big Payaso intenta librarse de sus ataduras, como no lo consigue –fue una ingenuidad, todavía está demasiado débil, además, las cuerdas son gruesas y resistentes–, intenta levantarse y caminar. O tal vez sería más acertado decir: arrastrarse, desplazarse a como dé lugar.

Pero es imposible, sus avances son insignificantes, parece una oruga cuando se pone en movimiento.

Por fin se deja caer y se resigna a su destino.

¡No! No quiere morir tan joven.

Llora.

De improviso aparece en escena una rata silvestre que, primero come alguna migaja de sándwich del oficial alemán que encuentra en el piso, y luego va directo hacia las ataduras de las manos de Big Payaso y comienza a roerlas.

Él se asusta y trata de espantar al bicho.

No obstante, enseguida cae en cuenta de lo que hace la rata.

“¡Claro!”, parece decirnos Big Payaso con la expresión de su rostro, “algunos restos del bocadillo del soldado alemán debieron quedarse en la cuerda y la rata los olfateó”.

“Sigue, amiguita; sigue, sigue... sigue royendo...”.

“Escuché hablar de lo bueno del fiambre alemán pero esto es ridículo”.

En pocos minutos sus manos quedan libres.

Sin perder tiempo desata el nudo de sus pies y huye deprisa.

La rata continúa royendo la cuerda y el soldado alemán durmiendo la siesta a pierna suelta.

10

Un gran retrato del camarada Stalin cuelga sobre el telón de fondo.

Entra el oficial del Ejército Rojo Ivan Yakovlevich.

Los militares hacemos la guerra porque para eso estudiamos y nos preparamos. (*Dirigiéndose a varias personas del público.*) ¿Le pediría usted a un médico cirujano que no opere? ¿O a un ingeniero que no construya puentes y carreteras? ¿O a un arquitecto que no diseñe casas o edificios? ¿O a un artista que no pinte sus cuadros o transforme un bloque de mármol en una obra maestra? Entonces, ¿por qué nos solicitan a nosotros que no hagamos la guerra? ¡Es ridículo! No nos quemamos las pestañas durante años estudiando táctica y estrategia militar para nunca llevarlas a la práctica.

(Pausa.)

¿Sabían que la humanidad ha recibido más beneficios de las ciencias militares que de cualquier otra ciencia? ¿Acaso lo sabían?

Apuesto a que no.

(Pausa.)

Cada guerra es como un gran laboratorio donde se prueban no sólo nuevo armamento sino una multiplicidad de cosas que tarde o temprano acaban ingresando (*Señalando a alguien del público.*) a su vida cotidiana. ¡Sí, camarada! No ponga esa cara, vamos... ¡Ah! Ya entiendo. A lo mejor es usted uno de esos "comeflor" que se la pasan machacándonos los cojones a los militares con sus movimientos, sus discursitos y sus manifestaciones antibélicas, pacifistas, ¿no es verdad? Pero le pido que haga un pequeño sacrificio y reflexione un poco sobre esto que digo. ¿Puede? ¿Tiene cabeza para ello? Vamos, haga un esfuerzo...

(Breve pausa, como esperando respuesta.)

¡Le voy a ayudar!

(Pausa.)

Los enlatados... No, no, no. Esperen. Seamos más amplios: La preservación de los alimentos... ¿Sabían que los descubrimientos y avances más importantes en la prevención de la descomposición de los alimentos se han conseguido en tiempos de guerra?

A finales del siglo XVIII, cuando Napoleón pretendía doblegar a Europa, surgieron los primeros métodos de conservación. Nicolás Appert descubrió que si un alimento era suficientemente calentado en un envase sellado y éste no era abierto, el alimento se conservaba. A partir de entonces los soldados franceses dejaron de ser alimentados con

raciones inadecuadas, que a menudo incluían carne descompuesta y otros alimentos insalubres e inaceptables.

Otros ejemplos pudieran ser los avances en la industria automotriz, naval o aeronáutica, la conquista del espacio, los avances en la tecnología nuclear, en los sistemas de telecomunicación o en el desarrollo de nuevos tejidos para la ropa y el calzado. (*Señalando a alguien del público.*) Esa camisa, ese pantalón o esos zapatos que usted lleva puestos, camarada, quizá utilicen alguna derivación de un tejido especialmente creado para un uniforme militar... ¡Hasta internet nació al servicio de la industria militar...!

Y podría estar aquí horas y horas enumerando más y más ejemplos que los dejarían a ustedes más y más sorprendidos, pero no quiero cansarlos y además hay cosas más importantes de las que me gustaría hablar. Me refiero a los beneficios intangibles, no cuantificables, que ha aportado la guerra a la humanidad... Entre ellos los cambios de paradigmas, las revoluciones, los cambios en las estructuras de poder, la posibilidad de construir otra sociedad, un mundo distinto, más justo; la posibilidad de construir un "hombre nuevo"; la superación de toda alienación, recuperar la verdadera esencia del ser humano y lograr la reconciliación del hombre consigo mismo, con sus semejantes y con la naturaleza en un nuevo tipo de sociedad.

(*Pausa.*)

Una sociedad que produce individuos como Hitler, como Mussolini; que produce movimientos políticos como el fascismo y el nazismo es una sociedad enferma, agotada, que debe ser urgentemente sustituida por otro tipo de sociedad donde el centro inamovible sea el hombre y no el capital ni el mercado. Y para crear esa sociedad diferente hay que crear un ser humano diferente. No puede arrastrar las mismas taras que por años ha arrastrado la sociedad capitalista. Esa obsesión por lo material, por el consumismo, por el mercado; de pensar sólo en lo que se puede lograr económicamente en la vida; de la falta de solidaridad con los más débiles. Nada de eso puede suceder ni reproducirse en una sociedad donde se intenta construir una comunidad, un grupo genuino de personas.

Es la propuesta que venimos construyendo para el mundo desde la Revolución de Octubre, la gloriosa revolución bolchevique, la de una sociedad más justa, donde el hombre no sea explotado por el mismo hombre; una sociedad verdaderamente libre e independiente, donde se viva de manera igualitaria, con dignidad: ¡la sociedad comunista!

Se escuchan las notas de la Internacional Socialista mientras descienden las luces.

11

Otra vez Ivan Yakovlevich.

Esta vez aparece sentado y fumando.

Detrás de él continúa, impertérrito e intimidante, el retrato de Stalin.

"La masacre de Katyn".

Ese fue el nombre que los nazis le dieron.

A finales de 1942, a nadie le quedaba duda de la clase de monstruos que eran los nazis; de sus matanzas, saqueos y de cómo trataban a los sobrevivientes de los territorios ocupados.

Con nuestro pueblo fueron particularmente brutales. A su paso sólo dejaron destrucción, horror y muerte.

Entonces, en ese mismo año, se percataron de que necesitaban idear un monstruo aún mayor que desviara la mirada del mundo de sus atrocidades.

Entonces se les ocurrió acusar a los rusos.

El 13 de abril de 1943, cuando ya casi lográbamos echarlos de nuestra amada patria —que habían invadido en el verano de 1941—, los nazis comenzaron una campaña de desprestigio contra el glorioso Ejército Rojo y nuestro admirado y queridísimo camarada Stalin. La emisora oficial de Berlín comunicó, con gran despliegue informativo, el hallazgo que habían hecho tropas alemanas en el bosque de Katyn, a doce kilómetros de la ciudad soviética de Smolensko: una fosa de veintiocho metros de longitud por dieciséis de ancho. En su interior se apiñaban doce capas superpuestas de cuerpos humanos que correspondían a un total de casi tres mil oficiales y paisanos polacos. Invariablemente todos presentaban un tiro en la nuca.

Al día siguiente respondimos diciendo que los alemanes trataban de inculparnos en una matanza de la que ellos eran los únicos responsables. Que trataban de usarnos como sus chivos expiatorios. Entonces el gobierno polaco, exiliado en Londres, solicitó la intervención de la Cruz Roja Internacional. Nuestra reacción inmediata fue romper con los polacos —con quienes, por cierto, obligados por el enemigo común, recién habíamos restablecido relaciones diplomáticas en 1941— y con todo aquel que se empeñara en creer en la falsa propaganda alemana contra Moscú.

La situación preocupó enormemente a los americanos porque nos hallábamos en una etapa crítica de la guerra. Pensaron que el incidente podía traer repercusiones negativas dentro del frente aliado. De manera que responsabilizaron a las autoridades polacas en el exilio de fomentar la creencia en las mentiras de la propagandística

nazi. Los polacos no tuvieron más alternativa que renunciar a sus pretensiones de que el caso fuera investigado y a nosotros no nos quedó más alternativa que reanudar las relaciones diplomáticas con los polacos.

Pero los hijos de puta nazi insistieron; no se dieron por vencido.

La radio de Berlín continuó ofreciendo información detallada de las excavaciones en Katyn. Otras siete fosas similares a la encontrada en la segunda semana de abril habían sido descubiertas. Las autoridades alemanas propusieron que se conformara una comisión de expertos que se encargara de la investigación. Médicos procedentes de países ocupados, aliados y neutrales. Y aunque nuestra posición fue continuar negando las acusaciones nazis, los hechos evidenciaban lo contrario.

(Pausa larga; se deshace del cigarro.)

¡Okey! ¡Okey! Nosotros matamos a esos jodidos polacos. Aunque oficialmente continuaremos negándolo y desapareceremos cualquier evidencia que pueda inculparnos... *(Pausa.)* Los matamos porque no eran actos para construir al "hombre nuevo". Eran material desechable. Todos estaban corroidos hasta los tuétanos por el pensamiento liberal, por el capitalismo; de manera que era tarea inútil tratar siquiera de recuperarlos, de reeducarlos.

En marzo de 1940, seis meses después de ocupar la parte oriental de Polonia y de trasladar a casi cien mil prisioneros polacos —entre militares y civiles— a suelo ruso, el camarada Stalin ordenó que fueran sacrificados.

Pero ese es un hecho aislado por el cual la historia no puede juzgarnos.

¿Qué sería de Europa, qué sería del mundo entero si nosotros los rusos no hubiéramos demostrado, durante la gloriosa batalla de Stalingrado, que los nazis no eran invencibles?

¡Nosotros salvamos a Europa y al mundo del horror nazi!
¡Nosotros salvaremos a Europa y al mundo del horror capitalista!

12

Big Payaso está parado muy firme en el centro de la escena.

Viste un uniforme de gala.

A su lado hay una mesita con varias medallas. A cada tanto Big Payaso mira a la mesita, a las medallas, y el rostro se le ilumina.

Luce orgulloso, aunque a pesar de su orgullo, no puede evitar cierto dejo, ciertas expresiones de nerviosismo.

De tanto en tanto abandona su postura marcial y hace gesto que parecieran decir: "¿ya ven? Lo he logrado. Nadie hubiera apostado un duro porque al final de la guerra yo estaría aquí". También, de tanto en tanto, dirige algún saludo al público y enseguida vuelve a adoptar su postura marcial.

Mientras, por los altos parlantes se escuchan discursos ininteligibles o las notas de algún tema musical con reminiscencias marciales; pudiera ser, por ejemplo, fragmentos escogidos de la Slavonic March de Tchaikovsky.

De vez en vez, Big Payaso no puede evitar que se le escapen expresiones de impaciencia, aburrimiento o cansancio.

De pronto cesa la música o los discursos y entra en escena un oficial de alto rango del ejército inglés.

Big Payaso se pone muy firme y adopta la postura de saludo.

El oficial, sin reparar mucho en Big Payaso, va directo a la mesita y la arrastra a un extremo del escenario. Enseguida comienza a saludar y a colocar medallas imaginarias a soldados imaginarios. Ahora Big Payaso luce más nervioso e impaciente. Mira hacia donde se encuentra el oficial, cuenta los soldados que faltan por condecorar antes de que llegue su turno. Él es el último de la formación.

La situación le carcome los nervios.

Por fin llega su turno.

Ahora luce exultante.

El oficial lo saluda y él le devuelve el saludo.

El oficial coge una medalla de la mesita y se la prende del pecho a Big Payaso. Pero por la expresión de dolor que al instante invade el rostro de Big Payaso, la medalla no sólo ha perforado su guerrera sino también la piel de su pecho, sin embargo, cuando el oficial vuelve a saludarlo, él, armado de coraje, disimula su dolor.

Para colmo, el oficial va y se coloca a su lado mientras continúan los actos con motivo de la condecoraciones: los discursos, los desfiles y la música marcial.

De tanto en tanto, Big Payaso no puede evitar hacer gestos de dolor que comienzan con gran disimulo pero progresivamente van haciéndose más explícitos. El oficial, de vez en vez, con gran discreción, se voltea a mirarlo. "¿Qué le ocurre a este loco", pareciera pensar.

Las expresiones de dolor de Big Payaso, como sus intentos de disimulo, son para revolcarse de risa.

Por fin los actos de condecoración concluyen.

El oficial del ejercito inglés, con elegancia y riguroso orden marcial, abandona la escena por el mismo lateral en que hizo su entrada.

Apenas Big Payaso lo ve salir, se retuerce de dolor y sale corriendo por el lateral opuesto.

En off, escuchamos su grito desgarrador...

13

Otra vez Pawel Rogozinski.

Después de nuestra presentación en el hospital infantil a las afueras de Berlín, Big Payaso y yo decidimos tomarnos un descanso.

Unas pequeñas vacaciones.

Nos las merecíamos.

Y como a ninguno de los dos nos esperaban en ningún lugar, acordamos seguir juntos. Ya por entonces éramos buenos amigos.

"Bueno, y ¿a dónde te gustaría ir?", le dije. Y no había acabado de decir la pregunta cuando ya me había arrepentido de haberla hecho.

"A Polonia", dijo Big Payaso.

Era obvio y era a eso lo que temía.

La verdad es que yo hubiera preferido regresar a Londres. Íbamos a cumplir tres años de habernos ausentado de la ciudad y ya estaba extrañando sus calles, la niebla, la lluvia, su frialdad... Lo menos que hubiera querido era visitar Polonia, que ahora estaba regida por un gobierno satélite, por comunistas, bajo la influencia de los rusos.

Pero mi amigo quería visitar Polonia, volver a sus raíces, tomar la mejor vodka del mundo... ¿Qué se le iba a hacer?

Antes de viajar, hable con uno de mis contactos en las líneas de mando aliadas. Le solicité que me firmaran un salvoconducto o algo por el estilo. No quería que por una u otra razón, luego de entrar a Polonia, no pudiéramos salir de allí jamás.

(Pausa.)

En Varsovia estuvimos pocos días, los necesarios para conseguir que alguien nos llevara hasta Augustow, el pueblo de donde era Big Payaso. Ahora no recuerdo cuánto duró nuestra travesía desde Varsovia a Augustow; lo que sí recuerdo es que fue bastante accidentada.

Apenas pisamos su terruño, Big Payaso se dedicó a buscar a los suyos. Entonces supe cuál era el verdadero motivo de su retorno a Polonia. Pese a que en los más de cinco años que llevábamos conociéndonos, trabajando juntos, compartiendo las mil y un penurias, nunca me había dicho nada al respecto; entonces, en suelo polaco, en nuestra querida patria, Big Payaso me habló por primera vez sobre su pasado, sobre su familia. Entonces supe de dónde venía su gran talento para la comedia. Entonces supe de la curiosa tradición de su familia y de su rotundo rechazo a esa tradición; del odio que había crecido en él desde niño hacia

su padre, y de la noche antes de su partida, la noche en que se había llenado de valor para revelarse a su destino. Entonces supe que Big Payaso había vuelto a su pueblo para pedir perdón...

Pero allí ya no había nadie que pudiera perdonarlo.

(Pausa.)

Durante nuestros estadia en Augustow, no hicimos otra cosa distinta que buscar algún pariente suyo, algún allegado, algún vecino de su familia... Preguntamos a cientos de personas, nos entrevistamos con las nuevas autoridades y nadie nos pudo dar noticias sobre el paradero de su familia. Era como si hubiera sido borrada de la faz de la tierra o que nunca hubiera existido. La gente que ahora ocupaba la casa donde había vivido Big Payaso, había llegado allí después de la guerra. También los vecinos. Es increíble de qué manera la guerra puede cambiar las cosas en apenas cinco años.

Sin embargo, Big Payaso no se daba por vencido.

Yo no quería ser ave de mal agüero y por eso seguía, en silencio, apoyándolo.

Pero a casi un mes de pisar suelo polaco entró en crisis.

Una tarde, después de nuestras ya acostumbradas indagaciones que echaran alguna luz sobre el destino de su familia, alguien nos sugirió que buscáramos en el cementerio. ¡Claro! ¡Cómo no lo habíamos pensado antes! Pero allí tampoco encontramos nada. Los registros habían desaparecido y las únicas tumbas que tenían placas eran las de fecha reciente, de 1945 en adelante. Big Payaso, desesperado, me tomó por los hombros y me preguntó, mirándome a los ojos: "¿Puedes verme, Pawel? ¿Existo? Porque es imposible que yo exista, amigo. No hemos encontrado ningún rastros de mi familia, de mis antepasados. ¿Cómo puedo entonces estar ahora mismo parado frente a ti? ¿Cómo es posible que esté hablando contigo?".

¡Santo Cristo!

Juro que nunca lo había visto así.

Ni en los peores momentos que nos había tocado vivir juntos durante la guerra... "Después de todo, Big Payaso es humano, tiene sentimientos", dije para mis adentros, y lo recibí entre mis brazos sin decir esta boca es mía.

Al día siguiente dejamos para siempre Augustow y a la semana Polonia.

(Pausa.)

Volvimos a nuestra rutina, a interpretar el papel de comediantes.

Nos mantuvimos unos meses más colaborando con las tropas aliadas de ocupación y luego retornamos a Londres.

Pero ya nada volvió a ser como antes.

Desde luego continuábamos cosechando éxitos con nuestras presentaciones, haciendo buen dinero. Sin embargo, cada vez sentía a Big Payaso más lejano.

Dos años más tarde me dijo que se iba a la India, al Punjab, donde acababa de estallar un sangriento conflicto armado.

Ni siquiera intenté persuadirlo. Sabía que era eso lo que haría en adelante, a lo que se dedicaría el resto de su vida: ir saltando de conflicto armado en conflicto armado, procurando sustraer a los niños, aunque fuera sólo por un rato, de los horrores de la guerra.

Le di algo de dinero y le deseé suerte.

"Cuídate mucho, amigo"

(Pausa.)

Creí que no volvería a saber de él, sin embargo, año y medio después me escribió preguntándome si todavía me dedicaba al negocio del espectáculo y me proponía un convenio: él me enviaría los guiones de sus pantomimas a cambio de un pago que yo fijaría y que le depositaría en una cuenta que me indicaba en la carta que me había enviado.

Le conteste a vuelta de correo y le dije quetrato hecho, que ya le había depositado un adelanto y que quería lo antes posible los primeros guiones.

Desde entonces así nos hemos mantenido en contacto.

La última carta suya la recibí en marzo de 1982. Traía sellos postales de la república de El Salvador, en Centroamérica.

14

Un podio en el centro de la escena.

Entra Big Payaso con un manojito de globos de colores.

Usa un frac sobre su traje de payaso.

Después de pasearse durante un rato por el escenario, mostrando con orgullo sus globos de colores, va y los amarra en semicírculo alrededor del podio. Parecen hongos que danzan sensualmente sobre la escena. Luego saca un marcador y comienza a dibujarle "caritas felices" a los globos.

Ahora los globos han dejado de ser simples globos de colores y se han transformado en niños-globos de todas las razas.

Big Payaso comienza a dibujar en el aire instrumentos musicales que va entregando a cada uno de los niños-globos.

Violines, violas, violonchelos y contrabajos; flautas, oboes, clarinetes, trompas, trompetas, trombones y tubas; tambores y timbales.

Una vez que ha terminado de armar su orquesta, se ubica sobre el podio del centro, ajusta el atril y revisa las partituras imaginarias.

Extrae de su frac una varita, también imaginaria, y, de manera solemne, digiriéndose a su orquesta de niños-globos, comienzan a probar y afinar los instrumentos.

Todo está a punto para el gran concierto.

El programa de la noche: Aus de neuen Welt, sinfonía número 9, de Antonin Dvorak.

Sin más prelude el concierto da inicio.

Big Payaso dirige con una vitalidad y una pasión similar (si acaso esto es posible) a la de Gustavo Dudamel. Pareciera que las notas penetraran por sus poros y, enseguida, corrieran veloces a reflejarse en sus manos y en la expresión de su rostro. Verlo a él ya es todo un espectáculo.

Al finalizar, los aplausos y vítores inundan la sala de teatro.

Muy emocionado, Big Payaso agradece a su público y le da crédito a sus niños-globos. Pide aplausos para ellos, también para el público.

De pronto Big Payaso no puede contenerse y llora de emoción.

De pronto los niños-globos dejan sus lugares y corren a rodear a Big Payaso, que se emociona aún más y ya es una verdadera Magdalena ahogada en el llanto más incontrolable.

De pronto los niños-globos lo levantan sobre sus hombros. "Qué grande eres, Big Payaso", parecieran decir, gritar...

De pronto Big Payaso levita, sube y sube...

*Nosotros comprendemos y no nos queda más que decirle
adiós. Adiós, Big Payaso. Gracias por las sonrisas, Big
Payaso. Por los buenos momentos que nos has hecho pasar.
Adiós, adiós, adiós.
Adiós, Big Payaso.*

15

Aparece el Payaso sentado sobre el taburete en el centro de la pista, con la nariz roja en una mano y la peluca verde en la otra. En una actitud similar a la mostrada en 2.

Big Payaso murió el 2 de julio de 2006 a la edad de ochenta y un años.

Se hallaba en Bagdad haciendo lo que se prometió asimismo que haría el resto de su vida: sustraer a los niños —aunque fuera por un rato— de los horrores de la guerra.

(Se levanta.)

Hacia el trayecto al hospital donde se presentaría, donde una treintena de niños lo esperaban ansiosos, cuando dos carros bombas estallaron en las inmediaciones de una delegación del Ministerio del Interior.

El blanco de los atentados suicidas era un convoy de la policía iraquí, sin embargo, también destruyó a al menos veinte vehículos civiles que se encontraban en las inmediaciones.

Las bombas todavía no han aprendido a distinguir entre blancos civiles y militares.

En uno de esos autos viajaba Big Payaso. Fue víctima de lo que en el argot militar se conoce como *daños colaterales*.

Pese a que en el atentado murieron diecinueve personas, la mayoría civiles, la prensa no le dio mucha difusión al suceso. Hoy en día ¿qué es un atentado más en las calles de Bagdad?

Además, ocurrió en la misma semana en que cinco soldados estadounidenses fueron acusados de violar y matar a una niña iraquí en la población de Mahmudiya, al sur de Bagdad. *(Voz de soldado estadounidense.)* "Mientras estábamos jugando a los naipes y bebiendo un whisky, surgió la idea de ir a una casa iraquí, violar a una mujer y matar a su familia", dijo durante su declaración uno de los acusados.

Y eso fue lo que al pie de la letra hicieron los hijos de puta... ¡Perdón!... Aunque la mujer terminó siendo una niña de 14 años. La violaron, la balearon y la quemaron. Luego mataron a sus padres y a su hermana menor.

¿Acaso no era ésta una noticia que podía vender más ejemplares que la de un simple atentado en las calles de Bagdad donde habían muerto diecinueve personas?

Después de un tiempo, la gente suele aburrirse de la información recurrente que viene impresa en los diarios y exige novedades.

(Pausa.)

Pero gracias a Dios existen otros medios alternativos donde la información suele correr con mayor libertad: internet.

Hace años, la leyenda de Big Payaso comenzó a forjarse gracias a internet. Al parecer, alguien que lo conoció, un tal Pawel Rogozinski, a manera de tributo, de homenaje, escribió y colgó en un site un breve texto sobre la vida y obra de Big Payaso; desde allí la información corrió como reguero de pólvora por toda la red...

Ahora su biografía ampliada puede leerse en muchos de los servidores que están interconectados en el ciberespacio.

Nadie sabe quién es el tal Rogozinski y si en verdad existió. De lo que nadie ha dudado hasta el momento es de la veracidad de la historia de Big Payaso. Nadie duda de su amor y entrega por los niños que viven en situación de riesgo en lugares asolados por conflictos armados; de su lucha silenciosa contra la guerra... En fin, de su épica personal.

(Pausa.)

Big Payaso ha inspirado a otros a seguir su ejemplo.

En la actualidad son muchos los payasos que se dedican a visitar hospitales de niños, o se han unido en organizaciones sin fines de lucro que tienen como meta llevar alegría a los pequeños que convalecen en un hospital.

O aquellos más arriesgados que nos atrevemos a visitar países en conflicto, en guerra, sólo con la idea y el deseo de hacer reír a un niño que en tan poco tiempo ha visto y vivido horrores que aún las mentes más cochambrosas y morbosas no podrían ni siquiera imaginar...

Por ejemplo, yo pertenezco a la organización de *Narices Rojas* y la semana entrante viajo a Sierra Leona, junto a otros dos colegas.

(Pausa. Como si le hablaran desde el público.)

¡¿Ah?! ¿Cómo dice? ¿Que le gustaría ayudar?

(Conmovido.)

¡Magnífico! ¡Maravilloso! ¡Qué bueno que todavía haya gente sensible en este mundo! *(Pausa. Asombrado.)* ¡¿Qué?! *(Señalando hacia el público.)* ¡¿Usted también?! ¡Y usted y usted y usted y usted...?! ¡Oh... por Dios...!

¿Que cómo pueden colaborar?

Pues bien, escuchen, no se trata de que se disfracen de payasos y, como yo, se vayan a arriesgar el pellejo a un país lejano y carcomido por la guerra... No, no, no. ¡Por Dios! No es para tanto... Para hacer lo que nosotros hacemos se necesitan al menos de dos cosas: tener vocación o estar completamente loco... *(Ríe.)* Ah, y por si acaso, yo lo hago por pura vocación... Sí, sí, sí... *(Ríe.)* En cambio ustedes pueden ayudar de dos sencillas maneras: haciendo sus respectivos donativos a través de la página web

www.narices-rojas.org o, algo mucho más sencillo y efectivo que eso, teniendo siempre presente que la paz es un recurso natural no renovable, que cuando se pierde, nunca volvemos a recuperar; y aún cuando acabe la guerra por la que la hemos sustituido, no será nunca la misma paz que perdimos; puede que sea más o menos duradera, de mayor o menor calidad, pero nunca será la misma paz. ¿Entienden?

¡Pues no lo olviden!

Y, por favor, háganselo saber a los más pequeños.

(Pausa.)

Bien. Ya acabé.

Señor director: Ya dije todo cuanto quería decir.

Agradezco su paciencia.

...Ah, y la del público, desde luego.

(Pausa.)

¡Adiós!

FIN